

PONENCIA

Área Temática 2: **Sistematización de la identificación y protección del patrimonio.**
Título: **Valor y fortaleza del patrimonio socio-cultural Mapuche en Chile.**¹
Autores: **Orlando Sepúlveda mellado², Walter Alejandro Ímilan³ y Fernando Vela Cossío⁴.**
Institución: **Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile y Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid.**
Países: **Chile y España.**
Casilla electrónica: **53osm35@gmail.com**

La sociedad mapuche y el patrimonio

Hablar de “los mapuche” como sinónimo de grupo homogéneo y de una cultura tradicional puede inducir a inexactitudes. Habría que decir que hablar de “los mapuche” es referirse a una serie de poblaciones que si bien forman parte de un proceso histórico compartido, difieren en grado relevante entre sí.

Bajo la denominación mapuche se agrupan colectivos que provienen de diferentes territorios. *Wixan mapu*, los *mapus* o territorios originales, habrían sido los espacios donde históricamente se han desarrollado los diferentes segmentos de la sociedad mapuche. Desde estos espacios es posible trazar tradiciones localizadas dentro del amplio espacio de la Wallmapu, o país mapuche. Nos referimos a agrupaciones más o menos diferenciadas que han desarrollado variaciones lingüísticas, religiosas-rituales y económicas. Sociedades mapuche que han administrado históricamente de diversas formas las relaciones con aliados o adversarios, hayan sido la corona española, el estado chileno, colonos, latifundistas y misioneros entre otros. También son sociedades que han administrado de forma diferenciada el uso y apropiación de elementos culturales occidentales.

Pero esta diversidad interna no sólo tiene que ver con la disposición de una geografía natural expresada en cuencas, valles o franjas costeras que separaron agrupaciones mapuche, sino aún hay un carácter muy específico de la sociedad mapuche que conspira con una idea estricta de unidad, y esto es el carácter segmentario de su sociedad. Una sociedad que nunca desarrolló estructuras jerárquicas de subordinación interna, sino más bien, la autonomía de sus partes nucleadas en torno a linajes ha sido una de sus principales características.

La segunda dificultad para hablar de “los mapuche” dice relación justamente con los procesos a través de la historia. Desde la discusión general del cambio cultural y de la aún específica respecto a las identidades étnicas, sabemos que todo grupo cultural se encuentra en permanente transformación, adoptando y apropiando elementos producto de los múltiples intercambios sociales y culturales. La idea de una cultura mapuche original supone situar en un momento histórico preciso la existencia de una sociedad prístina, intocada, es decir, la posibilidad de cristalizar una cultura como producto de una repetición de sí misma, en definitiva situarla fuera de la historia. Ciertamente los mapuche siempre han estado dentro de la historia y de ahí su permanente dinámica de cambio.

En consecuencia, cuando hablamos de los mapuche nos referimos a una designación que remite a una sociedad étnica que ha estado negociando con otras sociedades a través de la historia. Los mapuche son una sociedad contemporánea, y en cuanto tal, es diversa, compleja y en permanente proceso de hibridación.

En efecto, podríamos preguntarnos si existe una forma tradicional de habitar el espacio por parte de la cultura mapuche. A partir de lo expuesto en los párrafos anteriores podríamos contra preguntar, ¿A qué segmento de esa sociedad nos referimos? y ¿En qué momento de su historia? El problema convoca un desafío de gran envergadura, pues supone comprender las formas actuales de habitar y comprender los procesos históricos específicos que le han dado forma. Generalmente la discusión sobre patrimonio sugiere la existencia de un valor sobre un bien (material o simbólico) situado en un momento de la historia específica. Resguardar algo que es fruto y representación de una sociedad en un momento de la historia. No obstante cuando se

plantea el problema patrimonial sobre bienes producidos por sociedades indígenas se hace como si estos estuvieran fuera de la historia, un afán patrimonializador esencialista es el que predomina. Distinguimos una espacialidad cultural en el pueblo Mapuche, entendiendo que es una forma específica, temporalmente situada, de organizar prácticas e imaginarios sociales en relación a un espacio. En general se puede periodizar en tres momentos relevantes para un amplio porcentaje de la sociedad mapuche, en que en el primero se distingue el momento de negociación con la Corona, que permite ciertos intercambios, estrategias de movilidad al interior de la Wallmapu, donde muchos linajes mantienen prácticas de semi-nomadismo, que supone una específica ocupación del territorio, en muchos casos con conexiones hacia la Puelmapu (Argentina) o prácticas de veranada e internada (en el caso de los pewenches). Una segunda etapa se identifica posterior a la ocupación de la Araucanía por parte del Estado chileno y el proceso de reducción territorial que dio forma a las comunidades actuales, terrenos (ya no territorio) entregado por merced de parte del Estado, limitando de forma abrupta ya no sólo la capacidad de movilidad sino de reproducción material de la sociedad. Esto significó para ellos la única colonización que han sufrido y de la que no sólo no se han podido liberar, sino que además, ha puesto en amenaza su reproducción como colectivo y el desarrollo de su cultura. Una tercera etapa, es la consolidación de una comunidad en “diáspora” como se le ha llamado al alto porcentaje de población mapuche que habita en ciudades y que hoy por hoy representa el principal espacio de la vida cotidiana de la población mapuche. Cada uno de estos períodos remite a espacialidades culturales específicas, siendo una de las características de hoy el vínculo entre las comunidades con los espacios urbanos a través de la migración, pero también en un nivel simbólico, el aporte de imaginarios adoptados por los medios masivos de comunicación – por ejemplo – para construir complejas relaciones. En consecuencia, la discusión sobre patrimonio mapuche se debe inscribir con exactitud y rigurosidad en algún de estos (u otros) momentos históricos.

Las políticas habitacionales .

Las políticas habitacionales del Estado desde el momento en que inició una labor explícita durante la primera mitad del siglo XX, no han sido categóricas en cuanto a considerar los requerimientos al hábitat residencial que corresponde a la población en cuanto contexto local, costumbres, tradiciones, etc., tal vez influido por las mismas razones que respaldan el tradicional discurso oficial, en el sentido de que en Chile existe una población homogénea, en que todos son iguales, tienen los mismos derechos y oportunidades, haciendo tabla rasa de las diferencias comentadas en esta ponencia. Esto explica que las tipologías de vivienda, tradicionalmente definidas para el grueso de la población chilena, se hayan extendido a la Mapuche, sin mediar una reconsideración de la importancia que representa la cultura del habitante para concebir el tipo de hábitat que le corresponde en cada caso. Son muchas las inversiones, no necesariamente en dinero sino, en tecnología, gestión, financiamiento, etc., para cubrir el déficit y atender el máximo de población posible, pero lamentablemente no ha incorporado las diferencias sociales provenientes de múltiples factores locales, que hoy en día caracterizan y enriquecen la cultura e idiosincrasia de la nación.

La tradicional política del Estado se ha centrado principalmente en atender el máximo de población posible, exigiendo la mayor eficiencia y productividad al mercado, pero manteniendo los presupuestos tradicionales al sector, lo cual ha impulsado a las empresas constructoras a reducir los tamaños y costos de las unidades habitacionales hasta extremos discutibles. Es decir que lo prioritario que se ha impuesto a la producción habitacional, ha sido en la dimensión cuantitativa de la vivienda, relegando la cualitativa, que es donde subyace por excelencia la cultura del habitante, a una baja o casi nula prioridad. Esta asimetría es la causante de que las soluciones habitacionales no interpreten las formas de vida Mapuche y a cambio de enmendar esta distorsión, el Estado ha dedicado enormes esfuerzos destinados a lo que se denomina educar y capacitar al habitante para ocupar y usar las viviendas que determina a través de las licitaciones, contribuyendo con ello a negar la idiosincrasia Mapuche y por ende su cultura, forzándolos a una vida que no es la ellos ni los representa. Es necesario resolver esta distorsión que por inercia el Estado ha tendido a replicar en otros estilos de vida, ya sean en inmigrantes de otras

nacionalidades o razas; sin olvidar, que la diversidad geográfica del territorio nacional determina múltiples identidades locales de sus habitantes, donde el caso Mapuche es paradigmático. No se trata de recrear la vernacular y tradicional ruca, sino ser fidedignos y respetuosos con su cultura actual, que por cierto ya no es la misma del siglo XVI ni la de tres o cuatro décadas atrás, entendiendo que su dinámica la caracteriza justamente por evolucionar aunque sea en forma paulatina, pero en todo caso, permanentemente.

Estrategia metodológica.

Es menester, entonces, que la política habitacional del Estado incluya la dimensión cultural del habitante y específicamente, en nuestro caso, del pueblo Mapuche para definir las tipologías residenciales. Para ello se requiere una estrategia metodológica que ordene las variables, distinga cómo se interfieren unas con otras en una visión transdisciplinaria, donde las teorías más recientes de las ciencias sociales se amalgamen con las prácticas de las disciplinas que tradicionalmente han intervenido para identificar los requerimientos a las tipologías habitacionales. Especial importancia tiene en esto la participación del arquitecto, quién se centra principalmente en el diseño, aplica habilidades y destrezas propias de su vocación que no deben ni pueden hacerse extensibles a la etapa de programación, que requiere métodos objetivos de análisis y diagnósticos más apropiados de otras disciplinas y que a nuestro juicio ameritan refundirse en una transdisciplina incluyendo a la arquitectura para los efectos de identificar y definir los programas habitacionales adecuados a cada una de las identidades sociales que conforman el profuso caleidoscopio nacional, como ya se dijo anteriormente.

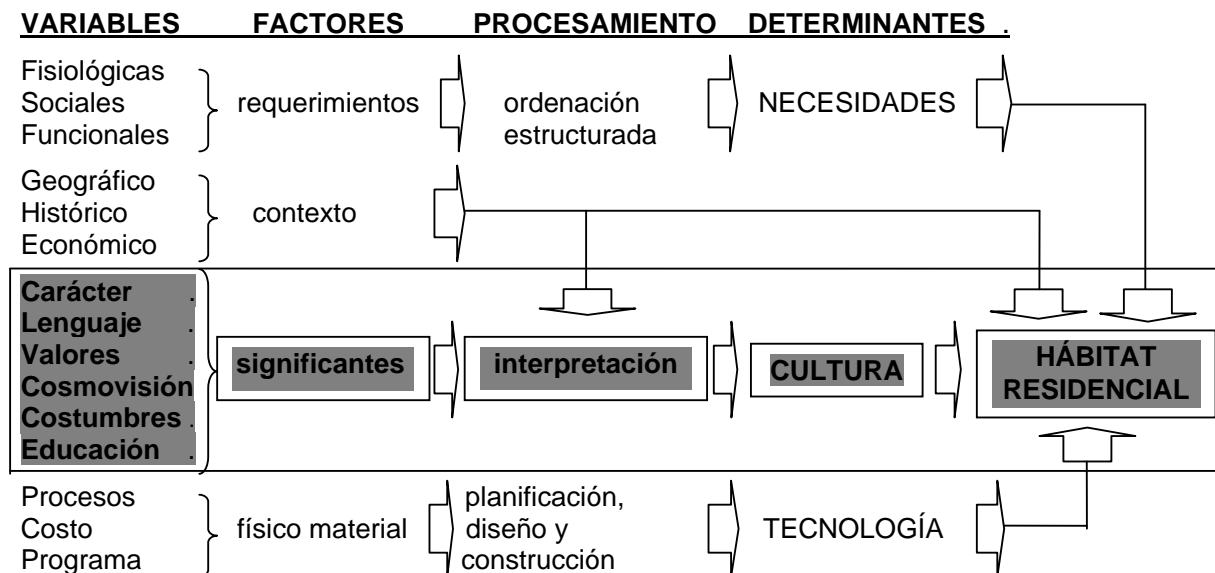
Una visión conceptual y general de este enfoque se grafica en el esquema adjunto, que para mayor claridad enfatiza la prioridad de la determinante cultural en el hábitat residencial. Distinguímos cuatro grupos de variables extraídas de teorías y metodologías etnográficas, combinadas con las tradicionales prácticas que con relevancia se han tratado tradicionalmente en arquitectura; el primer grupo está constituido por las fisiológicas, demandantes del acondicionamiento ambiental, las sociales que, exigen condiciones de inserción en el ámbito social y de las relaciones entre las personas, tanto intrafamiliar como vecinal, comunal, etc. También se incluye la variable funcional que demanda una organización de los componentes del programa, adecuada a la real forma de vida en cuanto relaciones espaciales y de tránsito. Este primer grupo conduce a establecer requerimientos al hábitat residencial que deben considerarse en un orden estructurado según jerarquías, prioridades, permanentes, transitorias, etc. y que en conjunto se manifiestan como las necesidades del habitante que el hábitat debe satisfacer.

Un segundo grupo de variables lo constituyen las principales características circunstanciales del medio en que se desenvuelve el habitante, que tienen relación con formulaciones de la denominada Antropología Simbólica ⁵ y con los procedimientos tradicionales de la arquitectura. En este grupo se destaca la geografía donde el clima es relevante, pero también con no menos importancia, el paisaje con su vegetación, relieve, etc. Además, tenemos la variable histórica que, en el caso Mapuche, resulta crucial tenerlo presente por constituir un factor conformador de su actual carácter. También incluimos la variable económica, entendida como determinante del estatus social de la familia, como además, de las actividades productivas predominantes, derivadas de las aptitudes y riquezas propias de la localidad, perfilando un distintivo laboral específico en el habitante que, contribuye a moldear la identidad familiar y social de la localidad. El conjunto de estas tres variables aportan al rasgo contextual del hábitat, que deben tenerse presente al momento de interpretar la significación de signos, códigos y símbolos culturales. Además tienen una incidencia directa en el hábitat, contribuyen gravitacionalmente en la forma de vida, conformación de la idiosincrasia, cultura del habitante y en su hábitat residencial.

Luego tenemos el tercer grupo de variables que desde la arquitectura, basada en argumentaciones del antropólogo Tomás Austin ⁶ fueron identificadas como las constituyentes más representativas de la cultura residencial; así tenemos el carácter de la familia y sus integrantes que pueden demandar condiciones para la introversión, cohesión, individualidad, etc. También tenemos el lenguaje, entendido en todas sus formas de comunicación, ya sea oral, escrita, gestual, facial, corporal, etc. que, obviamente deben ser interpretadas en sus significaciones como constituyentes culturales. Después tenemos los valores donde la espacialidad y expresión arquitectónica de la casa debe reflejar esos atributos. La cosmovisión es

trascendental, especialmente en el caso del pueblo Mapuche que, sin constituir una religión, se estructura con visiones y explicaciones no experimentales que influyen en la forma de situarse ante la realidad. También tenemos las costumbres que se relacionan en forma directa y explícita con la vida de las personas y familias. Finalmente consideramos la educación practicada intrafamiliarmente, que en el caso Mapuche es un componente central por la importancia que siempre ha tenido en la familia y que es una de las facetas características de la cohesión intrafamiliar⁷.

Determinantes conformadores del hábitat residencial



De este tercer grupo de variables, es recomendable extraer el máximo de códigos, signos y símbolos, como manifestaciones de la cultura, porque son ellos los que tienen directa injerencia en la cultura residencial.

Finalmente tenemos el cuarto grupo de variables extraídas de la experiencia profesional, institucional y estatal, donde en primer lugar tenemos los procesos atinentes a la materialización de la vivienda, pudiendo ser constructivos, financieros, de diseño, de postulación, etc. También tenemos la variable costo que ha sido uno de los tópicos que casi con exclusividad se le ha situado como referente central al momento de medir, evaluar y calificar la vivienda en las políticas habitacionales de estas últimas cuatro décadas en Chile. En última instancia tenemos la variable programa arquitectónico que se refiere a los componentes espaciales del hábitat, como además, a los requisitos ambientales de tipo perceptual, conducentes al confort y los de tipo emocional conducentes a satisfacer las dimensiones subjetivas del habitante, no consideradas en su real y verdadera importancia para el habitante.

Este último grupo que plantea los factores esencialmente determinantes de la materialización de la vivienda que tradicionalmente han sido los confluente de la planificación, el diseño y la construcción para materializar la vivienda. Representa por excelencia la versión tecnológica del hábitat residencial. Ha sido el grupo determinante más utilizado y con mayor recurrencia en la conformación actual del hábitat residencial, complementado por el conjunto de necesidades del habitante, junto con las condiciones técnicas de construcción.

Concepciones espaciales sobre componentes del hábitat residencial Mapuche

El valor y apreciación de los componentes del hábitat Mapuche pueden conceptualizarse diferentes, según sea el enfoque etnográfico que se utilice para entender su cultura residencial. Así tenemos que con la perspectiva reseñada en esta ponencia, en que la cultura es el conjunto de significados que podemos interpretar de los símbolos, códigos y signos y no los objetos con que ella se manifiesta en la vida cotidiana, el caso Mapuche adquiere gran profundidad

etnográfica frente al conjunto de significaciones que ostenta cada uno de los objetos-símbolos que utilizan en su vida diaria. Así podemos entender el caso del fogón, el telar, la huerta, el aseo corporal y eliminación de excretas, incluso la misma ruca y el conjunto de ritos en las rogativas, etc., que no son constituyentes de su cultura, sino manifestaciones externas de una forma de ser. El caso del fogón, por ejemplo, muy comentado en la caracterización de la ruca Mapuche, pero que no constituye un valor cultural en sí mismo, sino una forma exteriorizada, refleja cómo es la familia Mapuche. Por observaciones en trabajo de campo, hemos comprobado que la familia Mapuche es muy cohesionada, los integrantes del grupo son imprescindibles, necesarios y cada uno cuenta con el afecto y preocupación principal del resto. Los lazos de unión entre sus integrantes se cultivan y afianzan con la comunicación permanente y cotidiana, intercambiando experiencias, sentimientos, sueños, expectativas, etc., bajo un ámbito inmenso y natural. Esta actitud no sólo es intrafamiliar, sino que también se manifiesta en sus relaciones con las personas externas. Al interior de la familia, estos rasgos se manifiestan y realizan colectivamente en un acto de comunión, amenizado a menudo, solidariamente con el alimento o simplemente con el consumo compartido de amenidades de apetencia común. Pero esto no ocurre en cualquier lugar, sino en un espacio apropiado, en escala, en privacidad, en intimidad, en confort, en confidencialidad, etc. El fogón no es el protagonista ni el generador causante de esta práctica consuetudinaria, sino que es el carácter subjetivo y profundo de la manera de ser Mapuche, de sentir y de convivir, que necesita un lugar como el descrito. Dicho en otras palabras, el fogón es una manifestación física y material de un aspecto de su cultura; es la forma en que el ser se manifiesta frente a sus congéneres según su textura interna psico-emocional-valórica, según su cosmovisión, sus creencias, sus recursos, sus posibilidades y sus circunstancias.

¿Cual sería, entonces, el ámbito arquitectónico adecuado para que ese aspecto de su cultura pudiera realizarse en la versión actual de su realidad, que pudiera interpretar esos sentimientos gregarios de afecto, convivencia permanente y de profunda significación existencial? La tarea es identificarlo, descartando lo que superficialmente podría pensarse en el sentido que el televisor o el computador pudieran ser buenos substitutos del fogón.

Al respecto estimo apropiado transcribir algunas afirmaciones de una Machi que señala: *“El fogón es indispensable. Toda casa Mapuche debe tener un fuego, representa la fuerza y el espíritu de lo masculino, porque si el corazón contiene fuego, la casa contiene fuego. La tierra se alimenta del fuego, del sol, todo está relacionado con el abuelo fuego”*.⁸

Por otra parte, también tenemos el telar. ¿Porqué aún persiste en algunas familias, al margen de los incentivos económicos que les ofrecen algunos comerciantes intermediarios o bien algunas organizaciones filantrópicas; porque en lo esencial es una labor femenina en el mundo Mapuche, en que la mujer permanece en el hogar preocupada de no sólo del alimento familiar, sino además, de la protección de sus hijos y marido. La mujer congrega el sustento esencial del ser: el alimento y el abrigo; y ese rol está representado en el objeto físico del “telar” que se hace presente y ocupa un lugar permanente en el hábitat residencial. Algo similar ocurre con la huerta, al margen que el marido y sus hijos cultiven su campo o terreno. La mujer se preocupa de la huerta que provee el sustento, no económico, sino el alimento intrafamiliar. Ella ejerce el rol materno sosteniendo la familia desde un punto de vista vital; la rentabilidad del campo y los ingresos económicos no están presentes ni en el telar ni en la huerta como primera concepción de su existencia; ambos son el signo de lo femenino que demandan un lugar; se hacen presente y requieren una dedicación constante y permanente.

No podemos dejar de mencionar la ausencia del baño, tal como nosotros lo entendemos; básicamente para el aseo corporal y eliminación de excretas. Esas funciones no las conciben al interior de la vivienda. El primero para ellos es la inmersión en el río, con agua corriente y fría, bajo el estrellado e infinito firmamento, teniendo a la vista el concierto pleno de la naturaleza.

¿Cómo se puede reemplazar eso, tan inmenso, por el cubículo de la ducha?. Tampoco imaginar que la eliminación de las excretas pueda hacerse en el interior del hogar. Ambas funciones se realizan al exterior, donde nadie las percibe y en un medio absolutamente natural. El único substituto aceptable puede ser un recinto fuera de la casa, donde puedan vaciar sobre su cuerpo agua corriente tibia o fría, dejándola escurrir por el piso hacia el exterior; y después de esa forma de aseo, incorporarse a las actividades habituales. ¿Cómo entender y resolver en un hábitat actual esas funciones sin pasar a llevar los valores de su cultura?

Por último no quisiéramos dejar de mencionar el valor de la educación de los menores. Todo el universo residencial es atravesado por el principio educacional. El diálogo entorno el fogón, la

forma ancestral de la cuna que podía dejarse parada y el niño quedando en posición vertical, viendo desde guagua los movimientos y actividades de los grandes; Los valores discutidos frente al fogón, consolidados con los constantes ejemplos del comportamiento de los padres reseña que la educación no es hacer una tarea ni concentrarse un rato frente a los cuadernos, sino algo vital, permanente y dialogante, o sea los padres educadores y los hijos educandos en un permanente diálogo oral y ejemplarizado, los padres en pareja y en forma individual por separado.

En síntesis, la planificación de la política habitacional tiene una tarea crucial en este aspecto y para ello cuenta con una pléyade de profesionales e instituciones especializadas. ¿Cuál es la tarea que les corresponde a los arquitectos en este sentido?, ¿Es un compromiso de auténtica creación o una salida al alcance de la mano: simple y objetual? ¿Es posible contribuir a respetar, valorar y preservar una cultura patrimonial del Mapuche y para el Mapuche mediante la construcción del hábitat. ¿Esto podría representar para ellos su realización y hacerlos un pueblo satisfecho con sus existencias propias y en armonía con el contexto social?.

Conclusiones.

La cultura Mapuche es el patrimonio más valioso que posee la etnia, porque ella es la esencia de la condición humana, el alma de una nación como también se podría decir. Ella es la generadora de todas las manifestaciones físico-materiales que podemos percibir en los Mapuche y que son los testimonios de su riqueza valórica, intelectual y moral. Por eso mismo, ellos también son dignos de ser valorados y preservados.

La cultura es la condición humana “per se”, el tesoro más importante que podemos encontrar en cualquier civilización y no es fácil intentar ocultarla, negarla ni menos contradecirla, porque aún siendo cambiante en el tiempo y circunstancias de la existencia humana, es lo que le da un sentido a la vida y existencia. Nadie podría contradecir su real y propia visión del mundo.

El caso de los Mapuche en Chile es emblemático. Enfrentaron la colonización española con grandes desventajas logísticas y lograron mantener su libertad; sucumbieron a la colonización chilena, como ellos la definen, pero por sobre todo eso, conservan su honorable dignidad y no se rebajan ni amedrentan ante la adversidad ni la opresión. Chile eleva sus voces en su himno nacional coincidente con estos valores y se conmueve cuando piensa en sus significados.

¿Cómo lograr una concepción espacial en su hábitat residencial que pueda acoger con autenticidad los significados reales de sus valores, ensoñaciones, creencias y atributos vitales de sus vidas?

¹ La presente ponencia deriva de una investigación sobre el hábitat residencial Mapuche que el autor Orlando Sepúlveda realiza con motivo de su Tesis Doctoral según Programa Conjunto entre la Universidad de Chile y la Universidad Politécnica de Madrid (UPM).

² Arquitecto, académico del Departamento de Diseño de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile.

³ Antropólogo, académico del Instituto de la Vivienda de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile.

⁴ Arqueólogo, académico de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid. Sub Director Jefe de Estudios y Extensión Universitaria. España.

⁵ Geertz, Clifford. 2005. *La interpretación de las culturas*. Editorial Gedisa. 13ª reimpresión. Barcelona, España. 387 páginas.

Thompson, John B. 1998. *Ideología y Cultura Moderna*. Edición: Salvador González Vilches / Ileri Paloma Vega Rieder; Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, México. 2ª edición. 482 páginas.

⁶ Austin Millán, Tomás R. 2000. Para comprender el concepto de cultura. En *Revista UNAP, Educación y Desarrollo, año 1, N°1 de Marzo*. Ed. Universidad Arturo Prat, Sede Victoria. IX Región de la Araucanía.

⁷ Idem nota N°6.

⁸ Machi María Quiñelén, entrevistada por Daniela Bunker en su Seminario de 5º año de la Carrera de Arquitectura, FAU-UCh, el año 2009.